

HORIZONTES EUROPEOS*

Hay que entender la "europeización de Europa" como "elevación" de la historia europea, de tal modo que ésta se conserve, supere y realce en un nivel sintético más alto. Comenzamos con una alusión geográfica inmediatamente comprensible: a los tres actores principales de la historia europea, los latinos, los germanos y los eslavos, les corresponden desde siempre tres bloques geográficos respectivamente (Europa occidental, central y del Este) que, articulados en su conjunto, se han desplazado de un lado para otro, entre el Este y el Oeste, a lo largo de la historia. Con todo, entre ellos han existido sorprendentes diferencias en su composición interna. En conjunto, fueron y son, desde el punto de vista geográfico, estructuras procedentes del Norte establecidas en el Imperio Romano, que se extendía alrededor del Mediterráneo. No obstante, algunas constantes se han mantenido en todo inalteradas durante dos mil años:

1. La constante más importante es la frontera norte del Imperio Romano de Occidente que, corriendo de Este a Oeste y (desde la división del Imperio en el año 395) comenzando aproximadamente en Belgrado, conduce Danubio arriba hasta Ratisbona, e inicia aquí su notable repliegue norte, afianzada por el *Limes*, que desde aquí se extiende a través del Sur de Alemania en dirección a Colonia y que luego, Rhin abajo, alcanza el Mar del Norte para, finalmente, marcar la frontera entre Inglaterra y Escocia con la muralla de los Pictos. Ella ha subsistido como el eje fundamental de la historia cultural europea.

2. La marca norte señala que los celtas gálicos, replegados

* Traducción de José Luis Hoyo.

en el mundo mediterráneo, fueron separados definitivamente del mundo germánico, que quedó situado al exterior. Con relativamente escasas modificaciones, esta *frontera cultural y de conciencia intraeuropea* constituye una segunda constante, casi inmutable, a la que debemos tomar en cuenta.

3. “Más allá” del Limes (es decir, hacia el Este, desde la perspectiva romana), los mundos germánico y eslavo están entrelazados el uno con el otro en enmarañadas relaciones amistoso-hostiles, lo que comprueba un estancamiento migratorio de las tribus germánicas frente al Limes. Vista desde el Limes, existe una *frontera* claramente establecida al Oeste; por el contrario, hacia el Este, existe un panorama, un *horizonte*. Este panorama no es un concepto geográfico, sino histórico-cultural. Es una conciencia colectiva muy independiente de la geografía, una “memoria colectiva”, como la denominaría Roger Bastide, en transformación continua. *La competencia entre los principios jerárquicos “frontera” (= adscripción) y “horizonte” (= movimiento)*, es la tercera constante en la historia de la cultura eurpea.

4. Hasta ahora no se ha logrado la traducción del lenguaje conceptual que se desarrolló “detrás” del Limes (o sea, al Oeste), al que se habla “delante” del Limes (o sea, hacia el Este) y viceversa. Suplementariamente, la contraparte respectiva ha sido obligada, mediante la aplicación de la fuerza físico-militar y cultural-intelectual, a adoptar el “vocabulario” de la parte victoriosa en turno. Esto se puede demostrar claramente, por ejemplo, con la historia del concepto “nación”: actualmente utilizamos esta palabra, al Este del Limes, en el sentido que ha sido fijado “detrás” del Limes (en el Oeste), injertado, sin embargo, en una “memoria colectiva” orientada de manera totalmente distinta, que es determinante “delante” del Limes. La *contraposición conceptual* que así se origina, es la cuarta constante que *nosotros*, a veces, y casi siempre en vano, intentamos desc-

frar mediante duplicaciones, como por ejemplo "Geschichte-Historia", "Cultura-Civilización", o "Desarrollo-Progreso". Por eso, "detrás" del Limes, se dificulta ciertamente aun más la comprensión, en vez de facilitarse.

5. Las fronteras pueden separar y/o unir, pero no pueden estar al mismo tiempo aquí y allá. La frontera entre Francia y Alemania, o bien está "aquí", o "allá", pero no aquí y allá simultáneamente.

Por el contrario, los horizontes pueden imbricarse y estar "aquí y allá" al mismo tiempo: Augusto el Fuerte era "aquí" luterano (en Dresden, como príncipe elector), y "allá" católico (en Varsovia, como rey), y por ello el príncipe elector-rey de Sajonia, un *católico*, fue, hasta la disolución del Antiguo Imperio, en 1806, representante del Partido *Luterano* ante la Asamblea del Imperio en Ratisbona (y todavía hasta 1918, como persona era ciertamente católico, pero en su calidad de rey de Sajonia era obispo protestante).

En el reino de los horizontes se podía ser lo uno, pero al mismo tiempo lo otro, *si se quería serlo*, y por cierto sin pérdida de la propia identidad. Pero si no se quería, se podía luchar contra sí mismo hasta la autoaniquilación y, en tal caso, conservando siempre la *comunidad de horizontes*. Se podía (y se puede) romper con los horizontes comunes sin renunciar a ellos. Se podrían aducir innumerables ejemplos al respecto. A manera de muestra, resaltamos la comunidad de horizontes de los cinco grandes políticos alemanes que, en la época del Imperio Napoleónico, tenían firmemente en sus manos el "manejo de las crisis" del espacio centro-europeo:

- a) El barón imperial Emmerich Josef von Dalberg (de Maguncia), 1773-1833, originalmente político de Baden, se "disfrazó" de francés, llegó a ser "duque" bajo Napoleón, y "pair" de Francia bajo los Borbones.

- b) El barón imperial Karl Theodor von Dalberg (originario de Herrnsheim, Worms), 1744-1817, fue consecutivamente canciller imperial, príncipe primado alemán en Ratisbona durante la época de la Alianza Renana, se “disfrazó” como gran duque de Francfort.
- c) Heinrich Friedrich Karl, barón imperial von und zum Stein (originario de Nassau), 1757-1831, descendiente de rancia tradición imperial de Maguncia, protestante pietista, residió en Ratisbona, Viena, Wetzlar, se “disfrazó” de prusiano, fue ministro, perseguido y despreciado por Napoleón, luego estuvo en Austria y, a partir de 1812, “disfrazado” de ruso, fue consejero del Zar Alejandro I, junto con quien regresó a Alemania; fue jefe de la administración central de los territorios ocupados por las tropas que se habían aliado contra Napoleón, miembro de la delegación rusa ante el Congreso de Viena, presidente de las tres asambleas provinciales de Westfalia, consejero estatal prusiano; hoy se venera su estatua en Berlín Oriental, frente al Museo de Historia Alemana (a él le debemos la “Monumenta Germanie historica”).
- d) Klemenz Wenzel Nepomuk Lothar Conde Metternich (de Coblenza), 1733-1859, estudió historia en Estrasburgo al reclutarse allí el ejército renano, y luego en Maguncia, durante el mandato de los jacobinos; después estuvo en Viena, Dresden, Berlín, París. Junto con Dalberg, pero “disfrazado” de austriaco, hizo los arreglos para el matrimonio austriaco de Napoleón, convino con éste el envío de un destacamento austriaco contra Rusia y simultáneamente se alió con los rusos contra Napoleón. Henry Kissinger escribió acerca de él y de su compañero de juego Castlereagh, su famosa

disertación "A World Restored", y con base en los resultados de sus investigaciones, hizo en Helsinki el intento de escribir una nueva versión de la diplomacia de los Congresos.

- e) El quinto político que debe nombrarse aquí es el barón Karl Wilhelm von Humboldt (originario de Postdam, 1767-1835). Fue y siguió siendo un prusiano que trató de hacer política alemana desde Prusia; en 1813 dedicó su "Memorial sobre la Constitución Alemana" al barón von Stein y perteneció a la delegación prusiana ante el Congreso de Viena. Su "disfraz" fue el más refinado de todos: desarrolló instrumentos para poder prescindir del Estado, a fin de hacer "viable" y capaz de funcionar la asociación de Estados alemanes que tenía en perspectiva, pero se "disfrazó" como diplomático, precisamente del mismo Estado cuyo "mordisco" burocrático quería hacer inofensivo (por ejemplo mediante la fundación de la Universidad de Berlín en 1810); dos veces (1810 y 1819) fue descubierto y depuesto por el rey; luego codificó su programa secreto, con el que pretendía volver inofensivo al Estado autoritario, bajo una filosofía lingüística, en la que la unidad del yo y del tú se constituye a través del diálogo. Difícilmente se le podrá descifrar "de este lado" del Limes, es decir, desde Francia: el programa de Humboldt significa la teoría acabada de la *forma de pensar en horizontes*.

Quizá no sea correcto calificar el juego de nuestros cinco barones y condes como el juego de una "banda de los cinco", que confundió a Napoleón cuando estaba en la cúspide de su poder (y no acaso en su derrota). El Corso no pudo escapar de la red, para él invisible; un juego maestro, celebrado

como sacrificio ritual. La *forma de pensar en comunidades de horizontes*, es la quinta de las constantes con las que la historia europea ha llegado a ser lo que es.

6. La comunidad de horizontes de los alemanes y eslavos alcanzó su cima europea en la época dorada de Praga, en tiempos de Wenzel, que se hacía decir Carlos IV (1316-1378). La Karls-Universität (1348), la Bula Dorada, escrita en Nuremberg (1356), son los símbolos correspondientes.

Conjuntamente con la comunidad judía de Praga, más tarde se desarrolló, a partir de ella, una forma de literatura transparente, que hizo de Bohemia el punto central de un mundo determinado por horizontes. Quien quisiera vivir en ella, tenía que poder pensar en horizontes.

Todo esto encaja profundamente en lo político: Polonia sobrevivió durante siglos "simplemente" como horizonte, independiente de toda geografía. Con frecuencia esto se malentendió: lo que el pensamiento, obligado a la "luz natural" de la razón, pretende del lado "justo" del Limes (= Francia), o sea, poner el "orden" en el laberinto de horizontes (así como lo intentó Napoleón, por ejemplo), al principio parece resultar sobresivamente muy bien: el amorfo pastel de horizontes se deja dividir como una ameba, y configura nuevos centros y unidades reproductoras. Alemania se divide, y en poco tiempo los alemanes, por sí solos, defienden obligadamente un territorio parcial contra el otro. *Cuius regio eius religio* sólo es posible, en tal forma, en Europa central. No pasa absolutamente nada. Reina la calma.

Moviendo la cabeza, observan esto los que miran al Este, por encima del Limes, y no pueden entenderlo, aun cuando de hecho les conviene. Sólo surge la inquietud en la zona de la niebla teutónica, cuando es suprimido el libre movimiento de las comunidades de horizontes; *esto* sí es percibido como insopportable. La Polonia nacida del Congreso de Viena fue una solución fallida de tal naturaleza; otra fue

el imperio prusiano-alemán de Bismarck (como contraproyecto del imperio húngaro-alemán de los Habsburgo); y en general, todos los intentos por fijar líneas fronterizas nacionales en la región de los horizontes. También forma parte de ello el concepto de Europa Central de Friedrich Naumann, desarrollado a partir de la "política de trincheras", que pretendía trazar una muralla occidental y otra oriental, de norte a sur, a través de Europa. Ya Constantin Frantz había advertido, sin éxito, sobre las "limitaciones de la intelectualidad prusiana".

La "banda de los cinco" había incurrido en el mismo error que Napoleón: con su manera de proceder había creído poder restaurar *toda* Europa. Esto tenía que fracasar, así como pasó con el intento de Napoleón en la dirección opuesta. La "banda de los cinco" fracasó precisamente porque triunfó. Emmerich Joseph von Dalberg terminó su carrera política como embajador de los Borbones en Turín; Karl Theodor von Dalberg tuvo que dimitir como Gran Duque de Francfort en octubre de 1813, murió en 1817 en su otrora ciudad residencial de Ratisbona, que entretanto se había transformado en una ciudad provincial bávara; el barón von Stein se convirtió en político provinciano de Westfalia; el príncipe Metternich perdió su instinto de dimensión horizontal (tras el suicidio de Castlereagh, su compañero de juego, el 12 de agosto de 1822), de manera que para su rival, Franz Anton Graf von Kolowrat-Liebs-teinsky (1778-1861), supremo conde de Bohemia desde 1809, fue un juego fácil el intento de ubicar en primer término el horizonte checo: Metternich se convirtió por décadas en caricatura de sí mismo; Wilhelm von Humboldt, por último, ya como letrado privado, codificó sus conceptos fuera del alcance del dominio imperial, y fracasó totalmente en el político.

La segunda edición del "Gran Imperio" bajo Napoleón III, se impuso victoriosamente en este vacío como concepto

organizador, tanto, que a los prusianos no se les ocurrió otra cosa que proclamar su imperio equivalente al del otro lado del Limes (es decir, el de Francia), y precisamente en la sala de los espejos de Luis XIV. Esto no podía marchar bien, y no funcionó en absoluto. El rey prusiano disfrazado como "kaiser alemán" (y no como "kaiser de Alemania", prudentemente), hizo un papel desafortunado, y si hubiera sabido cómo consiguió su canciller las rúbricas para su designación, seguramente habría abandonado totalmente el negocio. En todo caso, ya hace algo más de un siglo que se hizo el intento de someter el territorio al Este del Limes (es decir, en Europa Central y Occidental), al concepto de Estado Nacional desarrollado en Francia. La Alemania bismarckiana, como estado territorial y nacional de cuño francés, es una concepción diametralmente opuesta a la historia alemana. Tal construcción tenía literalmente que explotar. Así sucedió varias veces y, al final, el cascarón hizo implosión, cayó sobre sus propias ruinas.

En vez de eso la República Federal Alemana posee hoy, si bien de manera distinta, todas las caracterizaciones típicas de nuestras tradicionales comunidades de horizontes centro y este europeas: vivimos en un Estado sin una identidad nacional propia (La "patria alemana" de ninguna manera se identifica con el territorio de la República Federal de Alemania), es un Estado sin una nacionalidad propia, sin constitución, sin más que una "ley fundamental" provisional, "que (pierde) su validez el día que entre en vigor una Constitución" (artículo 146), y que sólo es valedera expresamente "para un periodo transitorio" (preámbulo); tampoco está precisado su ámbito de vigencia (artículo 23). Berlín Occidental, como unidad política especial, pertenece y no, simultáneamente, a la Federación; la ciudad tiene hasta ahora un soberano colectivo (el "Consejo de Control" de los Aliados de la Segunda Guerra Mundial), legitimado por el derecho de ocupación y, como botín de

guerra, es el último residuo del "Imperio alemán bismarckiano" pero, por supuesto sin una historia nacional propia, ya que el Estado de Prusia, cuya capital fue Berlín, fue disuelto por decisión del Consejo de Control de los Aliados.

La República Democrática Alemana pertenece al RGW; esto es, al Consejo para Asistencia Económica Mutua de Varsovia pero, al mismo tiempo, como "horizonte económico", su territorio forma parte de la Comunidad Económica Europea con sede en Bruselas, aun cuando ambos bloques económicos no tienen que ver nada el uno con el otro. El comandante en jefe de las tropas soviéticas en el territorio de la RDA lo es también de las tropas "en Alemania", y no, por cierto, "en la República Democrática Alemana", y el ferrocarril de la RDA se denomina "Ferrocarril Imperial", aun cuando a lo largo y a lo ancho no se encuentra allí ningún "imperio". Todas las formaciones estatales de Europa Central tienen, además, una historia común, sin importar en qué ideología oficial se incluyan.

De acuerdo con la concepción francesa de Estado, la República Federal de Alemania no podría atribuirse ninguna característica estatal propiamente dicha. Desde este punto de vista, De Gaulle dijo acertadamente: "Alemania no es un Estado, ¡es una economía!".

Todo intento por precisar la territorialidad conforme a conceptos nacional-estatales provoca movimientos de proyección de horizontes, como recientemente el "movimiento por la paz", que más allá de Limes (= en Francia), por fuerza debe ser definido como "pacifismo alemán" y que, justo por ello, es tan equívocamente mal entendido, para quienes la barrera trazada por el Rhin, se hace cada vez más difícil de superar. Nuestros problemas sólo pueden ser resueltos mediante horizontes comunitarios, y no mediante "pacifismo de carácter territorial", mucho menos militante. Esta es, pues, la sexta constante que tenemos que entender: *La historia centroeuropea* no es la historia de un

territorio, como lo es la “historia francesa” —*es la historia del sino de símbolos colectivos dentro del ámbito de los horizontes.*

La posición francesa fue claramente definida por Richelieu (1585-1642) en sus memorias:

El propósito de mi ministerio ha sido el de devolver a la Galia las fronteras que le destinó la naturaleza, de entregar a los galos un rey galo, de hacer de la Galia y de Francia una sola cosa y de restablecer la nueva Francia allí donde existió la antigua.

Nada similar puede decirse sobre Europa Central o sobre Alemania. Citemos a Leopold Ranke, quien en 1818, a la edad de 23 años, escribió:

Esta es la tarea de Alemania: que la vida de cada tribu pueda desarrollarse libremente en las peculiaridades que le son propias; lo común a todos será la unificación de los alemanes, en verdad, de corazón, de la forma más íntima y profunda. Cada tribu debe guardar respeto por las otras. Cada tribu (. . .) debe vivir para sí, de la manera que le es propia. Si bien no somos un pueblo en lo más íntimo de nuestra naturaleza, no debemos tratar de aparentarlo.

En el *Semanario Político* berlinés se dice en 1833: dejemos “que los franceses gocen de su unidad uniforme, de sus departamentos, de su centralización”; pero “guardemos para nosotros” —continúa el texto— “la mejor convicción de que, por lo contrario, la unidad de Alemania consiste precisamente en que en todas y cada una de las partes, aun en las más pequeñas, de la patria alemana, palpitan latidos especiales, que a todos nutren en el corazón”.

La rememoración de la configuración histórica de símbo-

los comunes y de sus horizontes es lo que constituye la historia (= *Geschichte*) de Europa Central; por ello es por lo que ésta no puede ser explicada, historiográficamente”.

7. Finalmente, debe resaltarse una séptima constante, que caracteriza la contextura interna de la convivencia política de nuestro continente, y que representa la condición específica para entender el complicado intrincamiento amical-enemistoso, entre los eslavos y húngaros asentados al exterior de los linderos del Reich en el Este, y los eslavos occidentales y los alemanes fronterizos que conviven *dentro* de las fronteras del Reich. Norbert Elias, el Néstor de la investigación sobre sociología de la cultura en Europa, desarrolló ya, desde hace algunos decenios, el concepto de *figuración*, y lo describió como sigue:

El concepto de “figuración” se puede ilustrar mediante la referencia a los bailes sociales (. . .). El cuadro de las figuraciones en movimiento, de personas interdependientes al bailar, tal vez facilita formarnos una idea de los Estados, ciudades, familias o, también, sistemas capitalistas, comunistas y feudales, como figuraciones. Con esta concepción, como se ve, desaparece la contradicción que, en última instancia, se fundamenta en valores e ideales distintos. . . (1968).

Con este concepto, Elías abarca relaciones de movimiento, es decir, la acción de los individuos dependientes los unos de los otros, sobre la base de patrones colectivamente establecidos. Con todo, debe hacerse notar que, en este contexto, las *contradicciones* individuales pueden explicarse como una articulación común, en una completa *armonía*. ¿Cómo poder explicar jamás a los profanos que tanto los antagonismos furibundos como los conflictos armados sólo recalcan aún más esta comunidad? Aun hay que agregar

otra cosa: la “figuración” —la conexión de movimientos—, es la base de un entendimiento que no depende de la explicación de términos causales, sino que exige la penetración en la relatividad de lo propio y de la posición ajena. Esto supone desarrollar la imaginación de manera que se pueda discurrir en “figuraciones” y obrar en consecuencia, y —como expresa Norbert Elias— “además, en figuraciones cuya característica normal es el cambio”.

La séptima constante en la historia de la cultura europea es, pues, *el discurrir y obrar en “figuraciones”*, “superando” la causalidad y las representaciones amistoso-enemistosas maniqueas, excluyentes entre sí. Esto corresponde sobre todo a la zona de intersección entre el Centro y el Este de Europa. En este punto, la interrogante sobre la “delimitación”, en la connotación geográfica tradicional de la palabra, dejaría de tener sentido.

En épocas anteriores, es decir, antes de la adopción del concepto cartesiano de Estado, proveniente de la Francia Ilustrada, aquí, al Este del Limes, éramos maestros en el “pensamiento figurativo”. Ahora no nos va muy bien en este sentido, y desperdiciamos inútilmente la totalidad de nuestro precioso tiempo con el cálculo de líneas divisorias. Pero el que empieza con tal cálculo, muestra ya, a través de ello, que no ha comprendido las reglas fundamentales de la convivencia en la “región” de encuentro del Este y del Oeste” (Czeslaw Milosz). Reivindicaciones territoriales en la “región de encuentro del Este y del Oeste”, son una contradicción en sí misma.

La traslación del “pensamiento figurativo” a la realidad cultural es mucho más importante aún. No puede hablarse sobre ello sin aludir a nuestra Universidad de Nurenberg en Altdorf que fue, a comienzos del siglo XVII, una especie del capital del criptosozialismo alemán, y envió reiteradamente a sus alumnos a aquella “región de encuentro del Este y del Oeste” de que nos habla Milosz.

Tenemos que aclarar de qué se trataba: la comunidad religiosa unitaria y antitrinitaria de los “hermanos polacos”, cuyo centro se encontraba en Rakow (cerca de Sandomierz), se basaba en el pensamiento de Lelio Sozzini (1525-1562) y de su sobrino Fausto (1539-1604). Allí surgió en 1605 el “Catecismo de Rakow”, escrito fundamental del sozianismo este-centroeuropeo, para el cual la Trinidad era considerada como algo caritativo al prójimo. El rey Segismundo II Augusto de Polonia (1520-1572) hizo de su país un “asilo de herejes”. Un año después de su muerte, la nobleza católica, calvinista, antitrinitaria y luterana de Polonia, forma la “confederación polaca”, y promete no hacerse la guerra por diferencias religiosas (¡apenas un año después de la Noche de San Bartolomé parisina!). Stefan Bathory (1576-1586), rey de Polonia, católico convencido, se apoya en ello y dice: “yo soy rey de pueblos, no de conciencias”. Bathory encarna en su persona la unidad de “la religión de encuentro de Este y Oeste”, desde Suecia, pasando por Polonia, hasta Transilvania. Su canciller Zamojiski dice a los protestantes la famosas frases:

Yo daría la mitad de mi vida por vuestro regreso a la Iglesia Católica, y la otra mitad, por alegrarme de vuestra conversión. Pero si alguien quisiera constreñiros contra vuestra voluntad, daría toda mi vida por apoyaros, antes que ser testigo de tal esclavización en un Estado libre.

Poco después la Contrarreforma comienza a tomar severas medidas también en Polonia: un grupo de estudiantes católicos devasta la casa de Fausto Sozzini en 1598 (en aquel entonces como de 60 años de edad) en Cracovia, “destruye todos sus papeles y lo arrastra hasta el Vístula para ahogarlo. La intervención casual de un profesor de la Universidad, logra salvar su vida”. Manuscritos impor-

tantísimos, obras de toda una vida, se pierden irremediabilmente. El Catecismo de Rakow de 1605, continúa sosteniendo imperturbable la posición contraria, y consta en la introducción: "Todos nosotros somos hermanos. ¿Por qué reñimos y nos combatimos los unos a los otros por nuestras distintas opiniones religiosas? Únicamente el mismo Cristo posee toda la verdad".

Desde esta posición, el "pensamiento figurativo" es transformado en realidad política y el territorio polaco-transilvanio se constituye como una unidad espiritual, más allá de las filiaciones políticas cotidianas. El prototipo de este desarrollo fue Giorgio Biandrata (1515 - ca. 1590), de Saluzzo, Piamonte. Vive en Polonia, luego en Transilvania, y tras una huida llena de aventuras alrededor de Europa, de nuevo en Transilvania, donde les proporciona una situación segura a los "unitarios" (= antitrinitarios), como cuarta confesión (junto a los católicos, luteranos y calvinistas). Predica el "Cristo de la espada carolingio", como se expresa Friedrich Heer, a quien con gusto seguimos en esto ("La tercera fuerza - El humanismo europeo entre los frentes de la época confesional", 1959). "En marzo de 1568 —apunta Friedrich Heer— Biantra consigue vencer a los calvinistas en una batalla verbal de nueve días en Karlsburg (Alba Julia), ante el rey, por lo cual estos quieren retirarse, pero son obligados por el rey a permanecer". Este resultado será confirmado por la siguiente asamblea imperial de 1571, en Maros Vasarhely. "En el único caso en que un rey 'unitario' tomó posesión del trono y en que un gobierno 'unitario' estuvo en el poder, esta fuerza no (fue) empleada para oprimir otras formas de religión ni para asegurar derechos excepcionales para la propia confesión, sino para garantizar expresamente igualdad de derechos y privilegios para todos".

El Catecismo de Rakow, el protestantismo transilvanio de Biandrata y de su homólogo Francisco David (ca. 1568) y, finalmente, también Amos Komenský, llamado Come-

nius (1592-1670), obispo de los Hermanos Bohemios, quien quería enseñar *omnes, omnia, omnino* (todos a todos, totalmente), a quien siempre y reiteradamente le importó *verba et res*, tanto el lenguaje como la realidad ontológica, representan muestras de “pensamiento figurativo” y de “política figurativa” que, ahora más que nunca, deberían caracterizar verdaderamente nuestro “territorio”.

En la imprescindible europeización de Europa hemos descrito siete constantes de la historia cultural europea, sin cuyo conocimiento el desarrollo de esta historia quedaría sin explicación alguna:

1. El Limes romano ha subsistido hasta ahora como el *eje geográfico fundamental* de la historia cultural europea;
2. este eje es, al mismo tiempo, una *frontera de conciencia* intraeuropea;
3. al Oeste del Limes (x en Francia) se discurre sobre todo de acuerdo a *líneas fronterizas*, “cartesianamente”; al Este, conforme a horizontes, “dialécticamente”;
4. la distinta evaluación del contenido de nuestras *palabras* culturales clave, ha sido hecha hasta ahora no tanto a través de una “traducción”, como mediante una violencia intelectual (y física); por ello surgió el “embrollo de conceptos” típico de Europa;
5. la historia centro y este europea es el intento por transformar las *comunidades de horizontes* en hechos políticos;
6. la historia cultural europea es, en el Oeste, la historia de un territorio; en Europa Central y del Este es rememoración del sino de símbolos comunes y de sus horizontes, totalmente *independiente de fijaciones territoriales*;

7. el acontecer político en Europa Central y del Este *no* convierte en absoluto las constantes fundamentales vigentes conforme al principio escolástico “sí” o “no”, sino conforme a *figuraciones*, las que deben entenderse como relaciones en movimiento, y no como relaciones causales.

Aún más sintetizado, esto quiere decir que en Europa tenemos que considerar siempre las siguientes constantes:

- Eje geográfico fundamental (“Limes”)
- Fronteras intraeuropeas de conciencia
- Diferenciación entre la forma de pensar de acuerdo con fronteras y horizontes
- Embrollo conceptual de las palabras clave
- Significado de comunidades (políticas) de horizontes
- No-territorialidad de la historia (cultural) centro y esteuropea
- Transformación política de las constantes, en la “región de encuentro del Este y del Oeste”, en figuraciones no-causales (= relaciones en movimiento)

El cuadro reticulado de constantes a largo plazo aquí elaborado permite, además, una evaluación segura de las perspectivas de éxito de proyectos políticos y culturales actuales en la interrelación europea. Por ejemplo, se puede decir con seguridad que la división bipartita de Europa, resultado de la guerra fría de 1948-1953, carece, como quiera que sea, de todo respaldo histórico; por ello, no podrá sostenerse a la larga bajo ninguna circunstancia. Así pues, habrá que atribuirle a esta tendencia a largo plazo, que obligará al restablecimiento de la vieja “tríada”, aquellas características adecuadas a nuestra rememoración cultural común. Tal reconocimiento debería llevarnos, primero,

a suprimir colectivamente las barreras-tabú que nuestros respectivos historiadores cortesanos han levantado para dificultar el acceso de los unos a los otros. No aludimos con ello a la obra de las comisiones gubernamentales bilaterales de libros escolares, las cuales merecen ser altamente reconocidas, sino a la contrastante investigación común de "horizontes", a la que corresponde entender la forma de actuar en comunidades de horizontes.

Un ejemplo: al preparar este coloquio, se dio un intercambio de correspondencia con nuestro muy apreciado colega Robert Kalivoda, de Praga. Kalivoda, en su amplia obra, ha hecho reiterada alusión a las estrechas relaciones existentes entre la Reforma Alemana (luterana) y la Reforma Bohemia (comeniana). En uno de sus textos el autor escribe:

The problem of the relationship between the Czech And German Reformations is, so to speak, the key problem with respect not only to the Czech Reformation, but in our opinion, also with respect to the German Reformation.

Hace hincapié en que la investigación alemana sobre la Reforma, centrada en Lutero, ha impedido una comprensión más profunda de ésta, mientras que en el otro lado, el checo, reina un caos sobre la historia de las ideas de la reforma checa y, como siempre, juegan cierto papel los prejuicios nacionalistas. La comunidad de horizontes entre checos y alemanes, en torno a sus respectivas versiones históricas de la Reforma, no conduce, ni por asomo, en la investigación científica, a la natural consecuencia de una "investigación de horizontes" común. En tal sentido, Kalivoda constata con todo derecho:

If we understand the Reformation as a process which after Luther's appearance on the scene became a

European drama in which nothing was as yet decided at the outset and in whose development different possibilities and alternatives were created, then it seems certain that the role of the Czech process of the Reformation with respect to the culmination of the developments in Germany has not yet been fully appreciated and that in Germany this question has not yet been comprehended in its totality and has not penetrated the population' historical consciousness.

Para elaborar una verdadera historia de Europa, tenemos, pues, mucho trabajo por delante. La lucha contra los grandes visires de la historiografía "oficial", apenas comienza. Se desatará un clamor considerable contra nosotros, y de todos lados, por cierto. Precisamente por este motivo hemos venido a Ratisbona, pues la estructura establecida por la Asamblea del Reino para resolver los conflictos, no es en absoluto un procedimiento utópico que conserva lo pasado. Con ayuda de este reloj centroeuropeo, que funciona como los relojes astronómicos que admiramos como turistas, ya sea en Estrasburgo o en Olmütz, fue posible aplicar "pronosis sísmicas" que permitieron predecir terremotos, ajustarse a ellos o desactivarlos antes de que pudieran causar daño. Este mecanismo funcionó durante cerca de 150 años, antes de ser eliminado por la revolución cartesiana, por el proyecto de la Enciclopedia, por la empresa racional.

Partamos del supuesto de que nuevamente, ahora más que nunca, nos encontramos en la época de las guerras de religión, en la que chocan entre sí "confesiones" secularizadas. ¿Nos podríamos imaginar que en un parlamento europeo continental el portavoz de un partido "socialista" sea un líder de renombre que proviene de las filas de un partido "capitalista"? ¿Nos podríamos imaginar que la

representación del país "X" es tomada alternativamente en el Parlamento por el uno o por el otro partido (tal como es hoy el caso de Andorra)? ¿Nos podríamos imaginar que la pertenencia a distintos bloques militares, ha sido "superada" e "interiorizada" (¡Hegel!) en una comunidad de horizontes? Si hoy esto suena utópico, ello sólo nos indica cuánto hemos retrocedido en la ya alcanzada meta de la conciencia conciliatoria. "Utopía" no es, en este caso, un "no lugar" que yace en el futuro, sino por lo contrario, "a World Restored", el mundo europeo que hay que restaurar con sus típicas soluciones europeas de los problemas, las que en todo tiempo han dado prueba de que funcionan bien para nosotros, y que han conservado la paz. Estas consideraciones caerán como una ducha fría en la espalda de los "califas" de la verdadera fe, sin embargo, sólo tales reflexiones nos aseguran nuestra sobrevivencia común.

No podemos concluir nuestras consideraciones sin abordar más de cerca la dificultad especial en que nos encontramos en el ámbito centro-europeo: hemos experimentado una vez más, hasta el último extremo, las profundas tensiones que caracterizan la historia europea. La comunidad de horizontes milenaria, con nuestros judíos centroeuropeos, fue destruida y sobrevive sólo como recuerdo. Tenemos que vivir con estos actos y hechos; tenemos que interiorizarlos, pero no encubrirlos o esconderlos. Egon Schwartz tituló su autobiografía *No hay tiempo para Eichendorff*. *Nosotros* tendríamos ahora suficiente "tiempo para Eichendorff"; en lugar de ellos, apuradamente nos escapamos a hurtadillas de nuestra cultura y de nuestra Historia (*Geschichte*), como ladrones en la noche.

Mi maestro Helmut Schelsky, en su amplio estudio sobre *Thomas Hobbes, una doctrina política*, examina el problema de la conquista tal como lo expone Hobbes. Schelsky cita de la conclusión del *Leviatán*:

Conquista no es la victoria misma, sino la obtención de un derecho sobre las personas de los hombres mediante la victoria. Quien ha sido abatido, ha sido por ello ciertamente vencido, pero no conquistado. Quien es encarcelado o aherrojado, si bien ha sido vencido, no ha sido conquistado, pues continúa siendo enemigo y, de poder hacerlo, querría salvarse, pero a quien se le dona vida y libertad a cambio de prometer obediencia, en ese momento es conquistado y luego es súbdito, si bien no antes.

Desde esta perspectiva habría que ventilar el problema de la soberanía, que se identifica con el cotidiano acontecer político de Europa. ¿Qué papel habrá de jugar la cuestión de la soberanía en la "europeización de Europa"? Si percibimos adecuadamente las constantes fundamentales del mundo cultural y político del centro de Europa, quedará claro que la cuestión de la "soberanía" es en realidad una cuestión de segundo rango. Se trata, entonces, en primer lugar, de esclarecer si somos vencidos o conquistados.

Hanns-Albert Steger